

1947. Confesión.

Casi cometí un grave error, un pecado imperdonable a ojos de Dios. Por fortuna no lo hice. Escribo esto porque juré llevarme la verdad a la tumba, pero al menos necesito escribirla o me volveré loco. No firmaré con mi nombre, por si alguna vez alguien encontrara estos escritos. De todas formas, es algo difícil de creer...

Comenzaré por los rumores, donde nace la raíz de esta historia.

Los pescadores y marineros llevaban inquietos un tiempo, el asunto de la sirena estaba en boca de todos. Muchos decían haberla visto en los acantilados del Albir, aunque no se ponían de acuerdo con su descripción. Mi amigo Joan era uno de ellos, el juraba que era morena y muy hermosa, y siempre discutía con el viejo Ximo, pues éste aseguraba que era rubia. Me parecía ridículo que se peleasen por dicho detalle, pues ambos la habían visto una noche de luna llena, el único momento en que la sirena se dejaba ver. Personalmente, yo no creía que existiera. Quizá algunos deberían dejar el moscatel y el vino por un tiempo, al menos mientras pescan.

Para mí todo era un rumor al que estaban dando demasiada importancia. Solo eso, un cuento que los pescadores y marineros habían decidido divulgar por aburrimiento. Los problemas comenzaron cuando al sacar las redes del agua, éstas estaban rotas. Yo vi una. Las cuerdas habían sido cortadas de una forma ruda. ¿Qué clase de pez podía hacer eso? Nunca vi nada igual. Los marineros y pescadores se pusieron de acuerdo en algo. La culpa era de la Sirena. La razón; aquello comenzó poco después de los rumores de su avistamiento en los acantilados, además se había hecho más difícil encontrar bancos de peces. El tema de las redes era la gota que colmaba el vaso. La tacharon de monstruo y pusieron recompensa a su cabeza. Yo estaba seguro que algún tipo de pez de gran tamaño debía haberse instalado en la zona, nada de monstruos marinos.

Los días pasaron y yo seguí pescando con mi barca, nunca vi nada. Poco después el encargado del faro del Albir falleció y yo cogí su puesto. Me gustaba el mar y ayudar a mis camaradas a llegar a buen puerto.

Entonces pasó. Había sido una noche calurosa y los primeros rayos del sol ya asomaban entre las nubes. Cogí el hacha que siempre llevaba para cortar leña. Venía muy bien para la cocina. De camino a casa pasé

cerca de un área rocosa golpeado por las olas. Captó mi atención una figura entre las rocas. Me acerqué para averiguar que era, en un principio lo confundí con una persona, pero vi que era un animal. Tomaba el sol tranquilamente. No sabía qué era, tenía la piel de color marrón oscuro y una cola larga. Me quedé sorprendido observando a la extraña criatura. Estaba tumbada de espaldas, me dio la sensación que estaba disfrutando del sol. Entonces tuve una ocurrencia. Me acordé que había una recompensa por la cabeza de la sirena, un ser que ninguno podía describir con certeza. ¿Y si lo mataba y cobrara el premio? La recompensa era una humilde casa cerca del faro. Me vendría muy bien, pues me ahorraría la caminata de todos los días hasta la Olla de Altea, donde vivía solo. Con hacha en mano me dirigí hacia la extraña criatura que dormitaba. De repente, oí un grito detrás de mí. Me quedé quieto, con el hacha en alto. Al instante la criatura se giró, entonces vi el rostro de una joven de belleza sin igual, sus ojos eran del color del mar. Por fin lo comprendí, vestía la piel de un animal, un traje que la cubría casi por completo. De frente pude ver sus piernas asomando entre las pieles. El grito que escuché había sido de otra joven que vestía igual. Pasó a mi lado como una exhalación y me quitó el hacha. Sus manos eran extrañas, parecían los de una rana, con membranas entre los dedos y garras negras. Sus rostros eran iguales, menos por los cabellos que asomaban bajo el traje. Ambas tenían pequeñas trenzas adornadas, una era rubia con hebras doradas y la otra morena con hebras de plata.

Me quedé asombrado, la historia era cierta. La sirena existía, bueno, las sirenas. ¡Eran gemelas! Poco había faltado para que hubiera cometido un crimen, me sentí culpable y pedí perdón con las manos en alto jurando que no les haría daño. Al principio creí que no me entendían, hasta que la rubia habló con un acento extraño. Me preguntó porque iba a matar a su hermana si lo sentía. Le expliqué el asunto de la recompensa. Las hermanas confesaron ser las responsables de las redes y la falta de peces, pero que ellas no tenían malas intenciones. Estaban consternadas, pues amaban la belleza de aquellas costas y no deseaban marcharse, pero si su vida estaba en peligro tendrían que buscar un nuevo hogar. Me sentí tan mal por ellas. Todavía guardo en la memoria cada palabra de la conversación que siguió.

-Tampoco tenéis porque iros. Siempre que seáis más cautas y dejéis de romper las redes. Los del pueblo os dejarán en paz...aunque, para ser honesto, no sé qué decir... están obsesionados. ¡Ojalá pudiera ayudaros!

La morena se quitó el traje y me lo entregó. Debajo llevaba un vestido color azul marino, hecho con algas y escamas. Era una mujer de lo más grácil y bella. No podía dejar de admirarla.

-Lleva esta piel a los pescadores, diles lo que quieren oír, cómo te enfrentaste a la Sirena y la venciste. Cobra la recompensa y esta noche trae la piel devuelta. Aquí estaré esperando.

-Lo prometo.

Y así lo hice. Las hermanas también cumplieron y fueron más cautas. Los pescadores las han olvidado.



Ahora vivo en mi nueva casa y ya no estoy solo. De las gemelas, Lorei -así se llama la morena- viene de visita muy a menudo y trae pescado. Es curioso cómo nos conocimos, nunca pensé que nos llevaríamos tan bien. Está muy agradecida por la ayuda prestada y me ha perdonado.

Desconozco las costumbres de la gente del mar y no sé si seré atrevido pero voy a pedirle el matrimonio. Espero que acepte...

En fin. Esta es mi historia, por increíble que parezca.

Sara Herrera